Liderazgo femenino en el cambio y la globalización

Francisco Blanco Figueroa



La palabra líder significa que alguien va adelante conduciendo un proceso o a una comunidad y la palabra liderazgo implica una situación de superioridad en que se encuentra alguien. Estas palabras se han utilizado de manera arbitraria e indiscriminada, de tal suerte que a cualquiera se le llama líder y en esta sociedad de consumo de principios del siglo XXI, en donde predomina un capitalismo salvaje que sirve primordialmente a los intereses del capital financiero, líder quiere decir que una persona sobresalga de los demás al precio que sea, utilizando su talento para acumular preferentemente dinero, fama, autoridad. El liderazgo que se difunde por todos lados es un liderazgo individualista, alejado de las preocupaciones sociales, de la solidaridad y de las vivencias comunitarias.

Aquí nos toca hablar de liderazgo pero de un liderazgo humanista, con sentido social, un liderazgo que recoge aspiraciones individuales y de grupo, que retoma las historias de lucha y la riqueza de la memoria, que busca la superación y el bienestar de un grupo social mayoritario —las mujeres—, sin desligarse del destino común de la humanidad.

Hablamos de liderazgo femenino para distinguir, no para separar, para recuperar rezagos históricos no para inventar otra historia, para hacer visible, con todo lo que esto significa, el trabajo y la creatividad de las mujeres, no para imponer una visión del mundo que atente contra los derechos de los varones

Se busca la igualdad pero también la equidad. Se trata de acabar con la violencia contra las mujeres no de alentar la violencia de las mujeres contra los hombres. La misión es clara: en la equidad hombres y mujeres podrán construir una aldea global en la que vivan en armonía desarrollando su talento y gozando todos los placeres que proporciona la vida, amándose y reconociéndose, volviendo perdurable la condición humana.

Para entender el presente tenemos que remontarnos al pasado y hacer reflexiones a la luz de los acontecimientos que han marcado a las generaciones que nos precedieron. Nada surge de manera espontánea. La historia tiene un hilo conductor que le va dando sentido a los actos individuales y colectivos.

Nada hay más terrible y apasionante que la realidad. El presente es lo más valioso que tenemos porque en él nos reconocemos sobrevivientes —como diría Elías Canetti—, en él nos damos cuenta que estamos vivos, llenos de potencialidades y creatividad.

Hace días leía en *El Universal* una declaración de Margarita Ortega, la secretaria ejecutiva del Instituto Nacional de las Mujeres, que decía: "Siete de cada diez pobres que hay en México son mujeres. Ellas padecen carencias

nutricionales, excesivas cargas de trabajo, bajos salarios, alto índice de mortalidad, mala atención prenatal, baja escolaridad y viviendas precarias" (25.08.02). En este escenario tenemos que hablar de liderazgo. En un país con 53.7 millones de pobres reconocidos por las cifras oficiales. Por eso, desde el principio, descartamos el liderazgo individualista, acomodaticio, que busca beneficios propios a costa de lo que sea, inclusive el de faltar a los principios de una ética personal o empresarial previamente aceptada.

Diferenciamos el liderazgo femenino en el cambio y la globalización por razones metodológicas. La globalización es el gran cambio que de manera acelerada vive la humanidad sobre todo a partir de las dos últimas décadas del siglo pasado. Pero, señalamos la palabra cambio porque es una particularidad que vivimos en nuestro país. México en su especificidad política, social y cultural experimenta un cambio profundo que va más allá de gobernantes, dirigentes, *slogans*, frases hechas. Es un cambio que surge de sus entrañas y que conformará un nuevo rostro de la nación. Por eso hablamos del cambio y de la globalización De nuestro cambio mexicano, como decía Carlos Fuentes, que se da dentro del cambio mundial.

Hoy en día una buena parte de la humanidad sigue viviendo en el siglo pasado junto a otra que ha asumido que vive en el siglo XXI. Los problemas de nuestro tiempo no se pueden resolver con medidas del siglo anterior. Tenemos que ser creativos para entender los problemas y sus circunstancias y generar propuestas que resuelvan las situaciones erróneas que atentan contra los derechos elementales de los seres humanos, empezando por su derecho a una vida sana y saludable que les permita desarrollar su talento y sus sentimientos al máximo.

En la historia de la humanidad en algún momento se llegó a pensar que la mujer era un ser sin alma, un objeto animado, un ser no pensante, un sujeto inanimado. La mujer pasó mucho tiempo relegada a la función hogareña. La realidad era que la mujer no había tenido acceso a la educación, elemento fundamental de la superación individual y motor por excelencia de la movilidad social. La mujer debía cuidar la casa, atender al marido y procurar la educación de los hijos. Su trabajo, el doméstico, carecía de reconocimiento social y económico. Además, no tenía voz ni voto en las decisiones familiares. Su deber ser estaba bien delimitado. Las mujeres eran consideradas un ente pasivo. No necesitaban tener derechos civiles ni políticos.

Excepcionalmente, en todas las épocas de la humanidad ha habido mujeres que tienen acceso a la educación y a la cultura. Algunas de ellas han sido mujeres extraordinarias. La mayoría ha desempeñado el papel que la sociedad y la ideología dominante les impuso.

Desde el siglo XIX, pero con más relevancia en el siglo XX, la mujer se incrusta en el mercado de trabajo y empieza a sufrir una serie de transformaciones muy importantes. Grupos de mujeres se convierten en asalariadas. Como tales, demandan capacitación, seguridad en el trabajo, prestaciones, mejora salarial. Se organizan para defender sus derechos laborales. Conforme avanza el siglo XX van conquistando espacios y se van incorporando de manera activa en la sociedad. Consiguen sus derechos políticos y la igualdad jurídica con el hombre.

Otro elemento fundamental en el desarrollo de la mujer fue su entrada masiva al sistema escolarizado. La educación permite que la mujer se descubra a sí misma y a la sociedad de la que forma parte.

Las mujeres, como género, como conjunto, aceleran su transformación en la segunda mitad del siglo XX, cuando las primeras generaciones se educan y se incorporan de manera masiva al mercado de trabajo. Esta transformación no ha permeado de la misma forma y con la misma intensidad a todas las mujeres. Incluso, hay mujeres que viven ajenas al proceso, por razones de tipo social que afianzan el sometimiento. Pero el proceso, a pesar de altibajos, como veremos más adelante, es irreversible.

Los estudios sobre la mujer se dirigen tanto a las mujeres como a los varones. Si la mujer se transforma, el hombre también se tiene que transformar. El mensaje es claro. La mujer debe valorar e incorporar la experiencia de muchas mujeres que han avanzado más en el proceso, debe hacer una recapitulación de su historia, de sus vivencias, de su cosmovisión. De esta manera nutren su concepción de liderazgo y afianzan sus convicciones.

Las mujeres deben tomar conciencia de sí mismas, de sus potencialidades y de su papel en el mundo. El hombre debe descubrir y aceptar la transformación de la mujer y aprender a ser consecuente.

El siglo XXI estará marcado por la incorporación plena e igualitaria de la mujer en la sociedad, lo que traerá consigo cambios en todos los órdenes, en el económico, el social, el cultural, el religioso.

La gran revolución silenciosa del siglo XX la hicieron las mujeres, la revolución del siglo XXI la harán las mujeres y los hombres con su transformación en un proceso moderno y singular, que será el proceso de la humanidad. El liderazgo de la mujer orientará a la humanidad hacia un

♦♦♦

estado de equidad y esperanza que todavía hoy no vislumbramos.

La historia puede mirar hacia atrás: las mujeres en la primera guerra mundial. Encuentros y desencuentros con los avances. Las mujeres europeas aprendieron a vivir solas y a manejarse sin estar bajo la tutela de un hombre durante la primera guerra mundial. Sus hombres, ya sean padres, hermanos, novios, esposos o amantes, partían a la guerra y las dejaban al frente de todas las responsabilidades, desde conseguir qué comer hasta la educación y el cuidado de los hijos. Las familias eran presididas por mujeres. Las mujeres de principios de siglo se desempeñaron bastante bien en su nueva situación. El fervor patriótico les daba fortaleza y se descubrieron emprendedoras, responsables y con capacidad de mando. Salieron del hogar y abandonaron muchos de los principios que mantenían a las familias tradicionales, se incorporaron a la sociedad como protagonistas. Aquí está el principio del liderazgo moderno de las mujeres occidentales. Muchas se sintieron dueñas de su destino y creyeron que los avances eran para siempre, que había habido una evolución en la construcción social de su identidad. Muchas mujeres estaban seguras de que cuando regresaran los hombres, las relaciones sociales entre los sexos, de pareja, familiares o de cualquier índole, cambiarían, en el sentido de lograr una mayor igualdad de género; pero no fue así.

Cuando los hombres regresaron de la guerra, volvieron como se habían ido, con las mismas concepciones sobre su papel en el mundo y sobre el rol que les tocaba desempeñar en la familia y en la sociedad; para ellos nada había cambiado en este orden de cosas. Además, regresaban de una guerra, unos peor que otros, pero todos necesitados de la atención y cariño de sus mujeres. Atención y cariño de acuerdo con los patrones en los que habían sido educados. Terminada la guerra, los hombres retornaron a sus centros de trabajo: la oficina, la fábrica o el taller; a sus actividades normales, que le daban sentido a su vida cotidiana. Regresaron a ejercer su liderazgo masculino patriarcal. De la misma manera esperaron y exigieron que las mujeres regresaran al santuario en el que se encontraban antes del conflicto armado, es decir, al hogar. Pero no todo podía ser como antes: la guerra había transformado las relaciones políticas y económicas entre los gobiernos y los pueblos, había cambiado también la mentalidad de algunos hombres que todavía tenían concepciones del siglo XIX. Se percibía un deseo de cambio en los jóvenes nacidos en el primer cuarto de siglo. Ya no bastaba con enfocar la reflexión y obtener conclusiones sobre las causas y los resultados de la guerra en lo concerniente a la economía y la política; había que analizar con detenimiento el espectro social, en donde se encontraba la familia. Se había terminado el siglo XIX junto con su concepción del mundo y sus tradiciones y costumbres; junto con sus soluciones políticas, sociales y económicas; se iniciaba una nueva época que traería un sin fin de sobresaltos durante todo el siglo XX.



Sin duda, la guerra había afectado las relaciones sociales. ¿En qué medida habían cambiado las relaciones entre las mujeres y las instituciones? ¿Las mujeres estarían dispuestas a desempeñar de nuevo el papel que se les había asignado antes de la guerra? Había habido una ruptura del orden familiar, y las mujeres desempeñaban actividades y funciones nuevas; ¿en qué medida había influido todo esto en su conciencia? ¿De verdad se había fortalecido el liderazgo femenino?

Las mujeres dedicadas a reflexionar sobre sí mismas, encontraron que se abría un nuevo camino que podía conducirlas a la emancipación.

Numerosos grupos no querían volver a desempeñar el rol asignado, porque el nuevo les parecía más atractivo. Otras tomaron conciencia de que el papel tradicional las mantenía ata-

das, dependientes, y no les permitía desarrollar todas sus potencialidades. Se dan cuenta de que la guerra no es sólo el frente de batalla, sino también la sociedad y la familia, y de que en ambos terrenos las mujeres están presentes. Destacan por su número y su destreza las mujeres enfermeras o las que desempeñan funciones nuevas, antes siempre asignadas a hombres, como las conductoras de tranvías o las auxiliares del ejército.

La guerra creó un escenario distinto del que se tenía, pero no engendró cambios profundos. Todo fue provisional, había cambiado un sector de la sociedad: las mujeres, que habían experimentado una nueva forma de vivir, pero eran un sector frágil, fácilmente sometible. De alguna manera la primera guerra mundial detuvo el movimiento de liberación de la mujer, que se empezó a gestar ya desde finales del siglo XIX. Se hablaba de una "nueva mujer" que tuviera independencia económica y que decidiera en primera instancia sobre su actividad sexual. Mujeres capaces de dedicarse a cualquier actividad y que participaran en la toma de decisiones sobre situaciones que las afectaran, así fuera al interior de la familia o de la nación. La guerra fortaleció momentáneamente a los hombres y reafirmó la visión que tenían sobre las mujeres como las responsables del hogar, las que decidían en los asuntos domésticos y de la educación de los hijos. Y en consecuencia, la vieja concepción sobre la mujer se publicitó y ganó terreno: las mujeres ante todo eran madres, y después de los millones de hombres muertos en la guerra, debían ser prolíficas, amas de casa eficientes y esposas obedientes.

De cualquier forma, las nuevas experiencias vividas por las mujeres durante la guerra quedarían como semillas en la conciencia de muchas de ellas, que de manera abierta o silenciosa se negaban a volver al pasado. Las mujeres habían experimentado el actuar fuera del hogar y lo habían hecho bien, sin descuidar sus obligaciones hogareñas y amando y formando igualmente a sus hijos. Este sentido de responsabilidad y esta vocación humanista fue la simiente de un liderazgo silencioso y profundo que habría de dar sus frutos durante el siglo XX.

Los avances democráticos en el mundo y la globalización han redefinido el papel de las mujeres en las sociedades contemporáneas. México ha cambiado, modificando las condiciones en que se desenvuelve la vida de las mujeres. A pesar de que se sigue moviendo dentro de los esquemas de una sociedad patriarcal, es posible considerar que el crecimiento demográfico, el trabajo asalariado, la movilidad social, las migraciones, la urbanización y el proceso educativo, hayan apartado a las mujeres de las inflexibles ataduras familiares y comunitarias, que se hayan producido rupturas, abierto márgenes de libertad y nuevas formas de integración y de conflicto y como consecuencia prácticas sociales heterogéneas, alejadas del mandato de la tradición.

La desigualdad que caracteriza la estructura social del país plantea la dificultad de referirse a las mujeres mexicanas en general y en abstracto, pues la realidad señala clases, regiones y etnias, que conforman escenarios sociales múltiples, que moldean y ofrecen estructuras de oportunidad diversas a los distintos sectores de mujeres.

Habrá que observar detenidamente los nuevos roles de las mujeres que comienzan a perfilarse en este inicio de siglo, los roles del hombre, el papel que desempeñará la familia, así como la función de apoyo del estado y otras instituciones en la dinámica familiar y comunitaria.

Hoy día, un sector importante de mujeres de origen urbano con mayores niveles educativos logra separar la sexualidad de la reproducción, lo cual es relevante considerando la importancia de la religión y los modelos de socialización tradicionales.

El promedio de hijos ha variado significativamente en las últimas décadas, lo cual señala un control generalizado de la fecundidad y la posibilidad para las jóvenes de controlar sus cuerpos y sus vidas. Asimismo, el tiempo dedicado a la crianza disminuye, favoreciendo la integración de la mujer a las actividades remuneradas, sin embargo, al tratarse de un proceso inconcluso, hay situaciones que continúan resolviéndose desfavorablemente para la mujer. Los roles de esposa, madre y ama de casa siguen concentrándose en ella, lo cual aumenta sus jornadas de trabajo porque además tiene que desempeñarse como trabajadora, empleada o funcionaria.

La mayoría de las mujeres se incorporan al mercado de trabajo condicionadas por su situación en el mundo doméstico y de la reproducción. Esto significa que una integración igualitaria de la mujer al mundo del trabajo remunerado exigiría una redefinición del papel de los hombres, maridos e hijos, al interior de la familia y del hogar, ya que no basta con que la mujer asuma el control de su capacidad reproductiva, que separe la reproducción de la sexualidad y/o que tenga un menor número de hijos para disminuir el peso de las determinaciones domésticas y reproductivas en su vida laboral. Además, tienen que modificarse los usos y horarios laborales que permitan que las mujeres tengan más flexibilidad para continuar su preparación en el periodo de la crianza de los hijos y en el de su formación.

♦♦♦

Aunque las mujeres por ley tengan acceso a la enseñanza en todos los niveles, ello no significa que se integren en la misma proporción y de la misma manera que los hombres. En las mismas condiciones socioeconómicas normalmente las mujeres salen desfavorecidas. Sin embargo, en el largo plazo es evidente que una elevación del nivel educacional de las mujeres y el aumento de mujeres profesionistas traen aparejada una serie de consecuencias positivas para ellas pues constituye un factor de transformación tan radical como el control de la reproducción o la entrada al mercado de trabajo. Una mujer con preparación universitaria o con conocimiento directo de una problemática tiene inevitablemente la tentación de volverse líder. Al darse cuenta de las necesidades y de las problemáticas busca encabezar su atención y su solución.

Las mujeres constituyen un poco más de la mitad de la población nacional y se encuentran inmersas en todas las actividades sociales y económicas. A pesar de su preparación, de su experiencia y de su talento, en muchos terrenos siguen desempeñando papeles secundarios. Pocas son las que logran entrar al círculo en donde se toman las grandes decisiones.

Conocer la realidad y las causas que la originan es un paso indispensable para desplegar acciones que permitan modificar actitudes, costumbres, disposiciones jurídicas, en fin, todo aquello que atente contra las mujeres en su calidad de personas. Debemos conocer la memoria colectiva de las mujeres mexicanas para sensibilizar a todos sobre su realidad. Es importante mostrar que ser mujer es una construcción social.

La educación les permite a las mujeres tener elementos metodológicos e históricos para comprenderse a sí mismas y para tratar de desentrañar los entramados de las ideologías, las tradiciones y los fundamentalismos. El adentrarse en el mundo del estudio les permite ejercer a plenitud la actividad más preciada del ser humano: la creación de pensamiento. En el siglo XVII se inicia la alfabetización de las mujeres, que avanza incontenible en el siglo XVIII, un siglo eminentemente pedagógico. Pero es en el siglo XX, sobre todo en la segunda mitad, cuando las mujeres, sobre todo las mexicanas, acceden de manera masiva al sistema escolarizado en todos los niveles. El siglo XX fue un siglo de cambios y rupturas que permitió que las mujeres jugaran un papel importante en la sociedad y que su punto de vista empezara a considerarse tan relevante como el del hombre. Y esto, en todos los campos, no nada más en los considerados femeninos. Ahora, las mujeres intervienen en los países más desarrollados desde la forma en que deben distribuirse los espacios en un baño para mujeres hasta la planeación de las ciudades modernas.

El movimiento feminista ha sido un elemento de presión lento pero constante en la sociedad, que ha contribui-



do a modificar actitudes, ideas, tradiciones, comportamientos, leyes e instituciones, favoreciendo el liderazgo de las mujeres.

Uno de los primeros dilemas a los que tuvieron que enfrentarse las feministas fue dilucidar si el hecho de ser hombres o mujeres establece *per se* desigualdades. La conclusión fue que cada cultura construye, con base en el sexo, una serie de características que serán adquiridas mediante la experiencia social, para diferenciar lo femenino y lo masculino. Ser mujer o ser hombre impone diferencias, pero no limitaciones; ambos tienen potencialmente las mismas posibilidades y capacidades para desarrollarse. Para referirse a esta construcción social de la feminidad y la masculinidad se creó el término género. Distinguir entre sexo y género permite explicar las razones de la desigualdad en nuestras sociedades.

En la sociedad actual la familia sigue siendo fundamental debido a que es la unidad social encargada de la educación y socialización de los individuos. Es aquí donde cada persona aprende los roles que más tarde tendrá que reproducir en el conjunto social, así como el espacio donde construye su vida emocional, social y cultural.

Tradicionalmente, al interior de la familia la mujer ha tenido un papel básico como esposa, madre y ama de casa y por tanto ha sido la encargada de mantener y reproducir el sistema social predominante. Sin embargo, debido a la serie de transformaciones que se han vivido en el siglo pasado se está presenciando un cambio significativo en la estructura y dinámica familiar.

Los factores que habrán de considerarse para analizar el estado actual y las perspectivas de la familia son el uso de métodos anticonceptivos, la reproducción *in vitro*, la reducción del número de hijos, la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, el acceso de la mujer a la educación, la desintegración de la pareja, la preeminencia de las familias monoparentales, la asunción de las mujeres a la jefatura del hogar.

La equitativa distribución de las responsabilidades familiares entre hombres y mujeres será un punto central para la nueva relación que deberá establecerse como patrón familiar, por tanto deberán de tomarse las medidas necesarias para mejorar las condiciones de vida de las mujeres en su hogar, eliminando cualquier forma de discriminación o cualquier obstáculo que les impida potenciar su desarrollo. Asimismo, deberá hacerse una revisión de las normas, prácticas y costumbres que perpetúan la subordinación de las mujeres en la familia con el propósito de modificarlas.

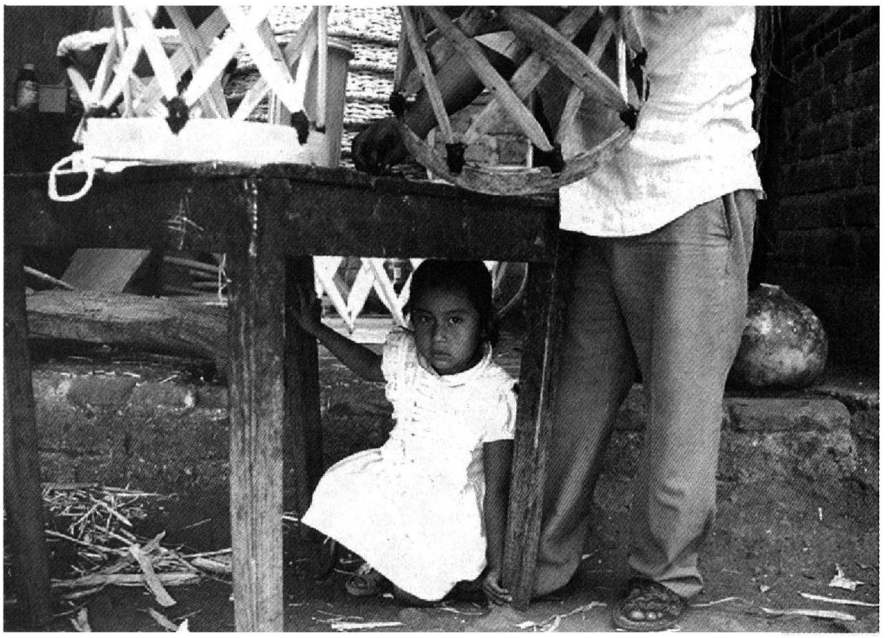
Frente a los grandes avances de las mujeres existen grandes desigualdades que no se han podido acabar. La conciencia de las mujeres ha avanzado con celeridad, pero hace falta que quienes poseen esa conciencia accedan al poder y junto con los hombres entiendan y valoren los cambios que ha experimentado la humanidad en los últimos tiempos, destruyendo las viejas estructuras que consideran a las mujeres siervas y súbditas, con un destino único, siempre protegidas y manipuladas. Es fundamental que conozcamos el desarrollo intelectual de las mujeres a lo largo de la historia porque siempre las ha habido con instrucción y talento. El liderazgo femenino no es algo nuevo ni algo que hay que inventar, tiene raíces profundas en la historia. El liderazgo femenino de nuestros días hay que revitalizarlo y llenarlo de contenido, acudiendo a las aportaciones que han hecho las mujeres desde la antigüedad y al conocimiento nuevo que surge del desarrollo tecnológico y de las nuevas visiones de la humanidad.

A partir del siglo XVI las mujeres escriben más y expresan una visión del mundo completa y sugerente. Ya en ese siglo, en Venecia publicaron 49 obras y en el siguiente, 76. De 1700 a 1750 publican la misma cantidad que los hombres: 110.[1] Pero realmente el cambio de la conciencia sobre la presunta inferioridad de las mujeres basada en supuestos naturales o esencialistas se dio hasta el siglo XX, y todavía persiste en amplios sectores, especialmente en el mundo árabe. El filósofo español José Ortega y Gasset escribió en los años veinte: "En la presencia de la mujer presentimos los varones inmediatamente a una criatura que, en el plano propio de la humanidad, es de un rango vital algo inferior al nuestro. No existe ningún otro ser que posea esta doble condición: ser humano y serlo menos que el varón".[2]

Frente a los movimientos revolucionarios del siglo XX, de orden social o cultural, se dio la otra revolución: la de las mujeres. Casi siempre silenciosa, avanzó a través de las generaciones. El mercado de trabajo, las políticas de población, los nuevos métodos educativos, la apertura de algunas concepciones religiosas, contribuyeron a que la mujer pasara de la vida privada a la pública, y ya instalada en ésta se convirtiera en sujeto activo y en protagonista; dejó de ser el fantasma que aparentemente no hacía historia, pero que era imprescindible en la vida de los hombres: amaba, procreaba hijos, los educaba, se encargaba de administrar el hogar, se esforzaba como el que más, aunque su trabajo casero no fuera reconocido como tal y no se registrara en las estadísticas. La herencia más sólida que el siglo XX le dejó al XXI es, sin duda, la presencia sin retorno de las

mujeres en la vida pública, su estilo en la toma de decisiones y su visión del mundo. La equidad en la condición de los sexos cambiará con el tiempo la mayoría de las premisas que actualmente rigen la vida de la humanidad.

El tema de la mujer adquirió gran importancia en la segunda mitad del siglo xx. Si hiciéramos un collage de noticias y comentarios aparecidos en los periódicos y revistas del mundo a partir de la Primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Mujer, celebrada en la ciudad de México en 1975, tendríamos una serie de elementos que nos permitirían entender los cambios profundos que se han dado en torno a la vida de las mujeres y la sociedad en los últimos tiempos. Quizá no nos expliquemos todavía los acontecimientos con las precisiones y rigores que exige nuestra conciencia occidental, pero, por lo menos, habremos constatado que la realidad cambió y que muchas mentalidades y muchos códigos, reglamentos, costumbres y tradiciones están en la vitrina de las evidencias, llenas de obviedades, y carentes de sentido. En todos los campos del conocimiento y del mundo empresarial, las mujeres han avanzado y ocupado puestos de dirección. Sin duda, a sus tareas les han impreso un sello especial, puesto que hay diferencias conceptuales, de sentido, de percepción del mundo y de prioridades. El liderazgo femenino es claro, contundente y creíble. Los hombres históricamente han estado en los puestos de dirección y, según su visión del mundo, se ha realizado el trabajo. No se trata de que ahora las mujeres tomen su lugar y su criterio sea el único que valga. Tendríamos que esperar varios siglos para poder comparar y decidir cuáles decisiones y proyectos son los mejores. Las mujeres deben crear las condiciones



necesarias para explotar toda su creatividad y su talento, exponer sus puntos de vista y poner en práctica sus formas de trabajar, ejercer su liderazgo en plenitud, de tal manera que las dos visiones —la de los hombres y la de las mujeres— se unan en favor del bienestar del género humano.

Cuando la mujer aprendió a leer y a escribir, se dedicó a cultivarse en la medida en que las costumbres y las tareas que tenía encomendadas se lo permitían, siempre con buen afán. Después incursionó en nuevas áreas de trabajo: aprendió oficios que antes no le estaban permitidos. Y cuando las condiciones económicas necesitaron de mano de obra, éstas se incorporaron masivamente al mercado de trabajo. Dentro de la estructura laboral las mujeres descubrieron su propia discriminación: no tenían derechos políticos; los códigos las consideraban dependientes de los hombres y por igual trabajo que el varón eran retribuidas con menor salario, aunque su producto fuera igual o inclusive superior. Las mujeres se organizaron para solicitar su derecho a votar y ser votadas; exigieron ejercer sus derechos políticos en plenitud. El sufragismo es el antecedente más cercano del feminismo contemporáneo. Había que conseguir el voto, pero no sólo eso, había que luchar por obtener la igualdad entre los géneros. Las mujeres, al igual que los hombres, son seres humanos, con los mismos derechos y capacidades. Tamaña obviedad tenía que ser demostrada en cualquier espacio social, en el hogar, en donde los hijos sí estudiaban y las hijas no; en la escuela, en donde los alumnos eran mejor atendidos que las niñas; en las organizaciones sociales y políticas, en donde las opiniones de las mujeres no contaban y en la mayoría de los casos realizaban funciones de limpieza, volanteo o secretariales; y en general en todos los ámbitos de la vida social.

El desarrollo humano debe abarcar a todos los habitantes del planeta. Nadie debe quedar fuera. Ninguna minoría y mucho menos la gran mayoría que ha sido excluida a lo largo de la historia de muchas oportunidades económicas y políticas: las mujeres. Avanzar hacia la igualdad en las condiciones de los sexos implica un proceso de concientización. Hay que



cambiar la mentalidad de hombres y mujeres para que logren romper los estereotipos que se tienen de ambos. Todos los seres humanos, independientemente de su sexo, son agentes imprescindibles del cambio. Tanto hombres como mujeres deben estar en el centro de cualquier proyecto político y también debe asumirse que, sea cual sea su religión, color de piel, ideología o sexo, son iguales y tienen que ser reconocidos como tales y gozar los mismos derechos para acceder a los disfrutes que la sociedad moderna ofrece.

Para lograr la equidad no se necesita una cuantiosa riqueza financiera que abata rezagos, sino un firme compromiso político de que el objetivo se logre. Repartir lo que haya, aunque sea poco, con equidad. Hay países pobres que han logrado mediante la planeación educativa aumentar las tasas de alfabetización femenina, como China, Sri Lanka y Zimbabwe. A pesar de la escasez de recursos en estos países, ha habido un compromiso político para mejorar el desarrollo de la mujer, lo que no se ha logrado en países con mayor crecimiento económico.

Aunque no basta la igualdad ante las leyes para que ésta se practique, es un primer paso necesario e importante. Todavía existe discriminación contra las mujeres en las leyes de muchos países. No son consideradas en igualdad de condiciones que los varones, ya sea en cuanto al derecho a la propiedad, a la herencia, la legislación del matrimonio y el divorcio, o en los procedimientos para adquirir la nacionalidad, administrar propiedades o solicitar empleo.

La pregunta está en el aire: ¿Qué tenemos que hacer para que la revolución de la equidad en la condición de los sexos sea una realidad en todo el mundo? El *Informe sobre desarrollo humano 1995*, ratificado en los siguientes informes hasta el 2002 recientemente aparecido, plantea lo siguiente: alentar a los hombres a que participen cada vez más en el cuidado de la familia, establecer horarios flexibles de trabajo, ampliar el concepto de servicios públicos, cambiar los incentivos impositivos y de seguridad social, cambiar la legislación sobre la propiedad, la herencia de bienes y el divorcio. Debe promoverse la educación femenina y ampliarse y mejorarse los servicios de salud genésica. En 1990 la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer de las Naciones Unidas, recomendó que por lo menos el 30 por ciento de los puestos de decisión estuvieran ocupados por mujeres. En la actualidad sólo Dinamarca, Finlandia, los Países Bajos, Noruega, y Suecia han superado el límite mínimo. Éste es un tope que debe cubrirse a la brevedad. Todas las sociedades cuentan con mujeres tan preparadas como los hombres para ocupar los puestos.

Hombres y mujeres deben poder tener una vida larga y saludable, adquirir conocimientos y tener acceso a los recursos necesarios para disfrutar de un nivel de vida decoroso. Igualmente deben poder disfrutar de todas las libertades políticas, económicas, sociales y religiosas, deben contar con espacios para ser creativos y productivos. Se debe fomentar el uso de la capacidad y el talento y aprovecharlos en beneficio del género humano.

Noruega es el país con un mejor equilibrio en la condición de los sexos en todo el mundo. La participación política de las mujeres es muy alta. En el gabinete han alcanzado el 50 por ciento de los ministerios. Las mujeres se organizaron y lograron un movimiento feminista sólido que aplicó estrategias exitosas en su lucha política por la equidad en los géneros.

La lucha de las mujeres de los años sesenta y setenta buscó el acceso de las mujeres a la vida profesional en condiciones de igualdad, el dominio sobre su cuerpo, el control de la reproducción y la autoridad dentro del sistema educativo. La lucha continuó

♦♦♦

en los ochenta y noventa, junto con los notables cambios sociales y tecnológicos, quizá en un ambiente más *civilizado* y contando con grupos de varones, no siempre muy numerosos, pero que han ido creciendo, que trataban de entender la nueva situación de las mujeres. El único camino que permite que la mujer consiga la igualdad con el varón pasa por el hecho de escucharla y conocer a través de sus palabras lo inesperado, lo nuevo, lo que dará luz a una nueva sociedad. Mujeres y varones deberán conjugar sus visiones del mundo, sus necesidades vitales y sus pasiones y crear un espacio distinto de convivencia. Las mujeres piensan en el cómo y el para qué, de las acciones y de los proyectos, lo cual ayuda a no olvidar lo fundamental en la vida: buscar el bienestar para todos los seres humanos. No basta que se pueda afirmar que una sociedad progresa, hay que indagar cómo, a qué costo, y para qué, distinguir con precisión a quiénes beneficia.



Ahora al Índice de Desarrollo Humano (IDH) que mide el adelanto medio de un país en lo que respecta a la capacidad humana básica se le incorpora el Índice de Desarrollo relacionado con la Mujer (IDM) que es el índice de desarrollo humano ajustado en función de la desigualdad en la condición de hombres y mujeres. En la situación en la que se encuentran los pueblos de todo el mundo se puede decir que un país realmente avanza en su desarrollo humano cuando el avance es mayormente alto en las condiciones de las mujeres. En el desarrollo humano están contemplados hombres y mujeres. La otra revolución, la de las mujeres, los transformará a ambos.

Dentro de la evolución de la humanidad, así como las mujeres han luchado por ser consideradas humanas y por conseguir la equidad entre los géneros, grupos importantes de hombres han estado a su lado en estos propósitos, aunque una mayoría cada vez más pequeña no acepte o no entienda los cambios que en este aspecto de la vida de los hombres y las mujeres y en otros se han venido dando. El hombre, al igual que la mujer, vive y se desarrolla en un sistema económico que privilegia el dinero y el poder por encima de la naturaleza, el humanismo y los derechos inalienables de los seres humanos. Es formado e inducido por múltiples vías a comportarse como patriarca y a considerar a la mujer como alguien dependiente y con derechos limitados. Muchos cristales se han hecho pedazos y la crisis masculina se vuelve recurrente, lo cual abre un horizonte muy amplio para la reflexión y la crítica, para la creación de nuevos mundos en donde sea posible una relación equitativa y placentera entre hombres y mujeres.

El liderazgo femenino tiene que crear un nuevo discurso. Las mujeres aparecen en el discurso patriarcal bajo la óptica que los hombres tienen de ella y que han impuesto como única. El hombre es el que tiene el poder, el que manda, por tanto, es el que habla y el que escribe. Con la modernidad, la mujer podrá hacer ambas cosas, leer y escribir, pero desde la perspectiva masculina y con las categorías del discurso patriarcal que es presentado como el "discurso de la humanidad". Darse cuenta de este

♦♦♦

entramado conceptual y lingüístico es necesario para ahondar más en la relación de las mujeres con la escritura, pretendiendo que la escritura de las mujeres exprese la realidad de su género. Desconstruir el discurso patriarcal y construir el discurso femenino como el primer paso para construir junto con las palabras de los varones el discurso de la humanidad.

La relación entre mujeres y escritura ha cambiado con el tiempo. Todo liderazgo se construye a partir de un discurso propio. La primera etapa corresponde a la mujer analfabeta. No aprende a leer ni a escribir porque no es necesario o porque no tiene derecho, y, entonces, asume que estas actividades corresponden a los varones y están ligadas al ejercicio del poder. Se manda a través de las palabras, dichas al subordinado, o mediante cartas o edictos, que firma la autoridad competente y que deben ser acatados. Después viene la segunda etapa en donde las mujeres empiezan a alfabetizarse, desde pequeños grupos hasta poblaciones enteras. Todos los ciudadanos, hombres y mujeres, deben aprender a leer y escribir, es el mandato de la moderna educación elemental obligatoria. La tercera etapa se da cuando las mujeres empiezan a tener voz propia en los foros sociales y escriben libremente sus textos, mismos que son divulgados y valorados. Porque, al principio las mujeres que se atrevían a escribir publicaban con seudónimo. Después con su nombre, pero eran ninguneadas o simplemente ignoradas por los lectores o los críticos literarios. A partir de la segunda mitad del siglo XX los textos de las mujeres —literarios, científicos o de opinión—, empezaron a tener un impacto importante en la actividad informativa, intelectual y educativa. Cabe aclarar que siempre hubo excepciones. Mujeres que por su condición social, su destreza, su inteligencia o su terquedad, lograron aprender a leer y escribir, buscaron la manera de cultivarse y redactaron obras excelentes que fueron publicadas.

Es natural que muchas escritoras reprodujeran en sus textos el pensamiento patriarcal que tenían bien aprendido y con el que, en algunos casos, estaban totalmente de acuerdo. El cómo debe ser la mujer, según los varones, se reproducía tal cual en los escritos de las mujeres. Aparte de las excepciones, las escritoras fueron tomando conciencia de su condición en la sociedad, del estereotipo al que estaban confinadas y que en muchos casos no correspondía con lo que ellos eran o querían ser. Había que jugar con las palabras. Cambiar sentidos y connotaciones. Así se inició un proceso subversivo que ha permitido desconstruir el discurso patriarcal. Las mujeres, como bien dice Luna Lola, "aprendemos a ser mujer como aprendemos el lenguaje". A través del lenguaje conocen una visión del mundo, la entienden y la desmenuzan, y luego la destruyen para formar otra que responda a sus íntimos intereses, a su pensamiento y a sus afectos. Muchas mujeres, ya millones, se han apropiado del lenguaje, lo han hecho suyo, viven y trabajan con él y a través de él nombran al mundo. Un verdadero liderazgo se fundamenta y nutre de las palabras.

El siglo XXI será femenino. La feminidad se expresará de manera contundente en todas las expresiones humanas. Las opiniones que consideran a las mujeres como débiles, inseguras e inferiores se desprestigiarán cada vez más. Las mujeres lucharán porque se incluyen sus valores en la sociedad de mercado, en la cultura y en la política.

Las mujeres han de ejercer el liderazgo en la pareja, la familia, el trabajo y la sociedad. Además, podrán dotar a la globalización de humanismo, sentido ético y moral.

El liderazgo vertical que avasalla no tiene futuro. El liderazgo moderno es horizontal. El liderazgo femenino se nutre de la identidad femenina, de sus raíces culturales, de su visión del mundo y de su forma de resolver los problemas cotidianos.

Las mujeres son la vanguardia de la humanidad. Las mujeres exigen equidad y la humanidad también. Las mujeres buscan empoderarse en la sociedad y los ciudadanos también. Las democracias realmente funcionan cuando se da el empoderamiento de los ciudadanos.

La orfandad en la que se encuentran muchas mujeres como género es la misma que padecen los ciudadanos de todo el mundo, abandonados por el Estado y el gobierno, sometidos a la lógica del mercado y sin elementos jurídicos y sociales para defenderse y poder desenvolverse en la sociedad.

La lucha de las mujeres por adquirir poder que les dé igualdad real con los varones y conseguir equidad en todas las relaciones sociales, convierte a las mujeres en la vanguardia de la humanidad. De ese tamaño es el liderazgo de las mujeres a principios del siglo XXI. ♦

Notas

[1] Claude Dulong. "De la conversación a la creación" en *Historia de las mujeres*, bajo la dirección de Georges Duby y Michelle Perrot. Taurus. Madrid. 1993, tomo 6, p. 184.

[2] Citado en "Diferencia y diferendo: la cuestión de las mujeres en filosofía", de Françoise Collin, en *Historia de las mujeres*, p. 294.